

**VENTANA AL ROSTRO
REFLEXIONES SOBRE LA IDENTIDAD SALVADOREÑA**

Cristian Eduardo Palacios Martínez
Estudiante de la Licenciatura en Sociología
Cátedra de Antropología Social impartida por René Martínez Pineda
Universidad de El Salvador

**WINDOW TO THE FACE
REFLECTIONS ON THE SALVADORAN IDENTITY**

RESUMEN

El artículo aborda la temática muy discutida en sociología y antropología sobre la identidad sociocultural del salvadoreño, la cual, para ser conceptualmente preciso, hay que definir como las identidades socioculturales. Se parte de preguntar qué es un salvadoreño para ir desmadejando, ejemplo tras ejemplo, todos los aspectos que esa definición conlleva, pasando por los problemas existenciales y teóricos al respecto. Ahora bien, lo teórico es abordado desde su visión práctica para dar cuenta de la esencia y la apariencia identitaria, así como del problema lógico de la identidad, siendo esa lógica la que tiene que ver con la postura sociológica en torno a cómo se define y se vive la identidad en tanto máscaras, recursos, sentido común y cotidianidad del salvadoreño.

Palabras clave: Dilema, identidad sociocultural, salvadoreño, problema lógico, problemas identitarios.

ABSTRACT

The article addresses the highly discussed topic in sociology and anthropology about the Salvadoran sociocultural identity, which, to be conceptually precise, must be defined as sociocultural identities. It starts from asking what a Salvadoran is, to unravel, example after

example, all the aspects that this definition entails, going through the existential and theoretical problems in this regard. Now, the theoretical is approached from its practical vision to account for the identity essence and appearance, as well as the logical problem of identity, this logic being the one that has to do with the sociological position around how identity is defined and lived as masks, resources, common sense and daily life of the Salvadoran.

Key words: Dilemma, identity problems, logic problem, Salvadorean, sociocultural identity.

PROBLEMAS EN TORNO A LA IDENTIDAD DEL SALVADOREÑO

Si se quiere saber qué es un salvadoreño, primero debe conocerse cuáles son sus problemas. La identidad de un salvadoreño se constituye en la identificación de sus carencias históricas. El salvadoreño no es factor común, es cuestión concreta, real y singular. No vive en las prácticas comunes; más bien, reside en las manifestaciones específicas.

Antes de que aparezcan sus costumbres, ídolos y credos, así como su gastronomía o su legalidad, sus problemas ya han echado y expandido sus raíces. Por ello, antes de que se digan ser personas muy solidarias, trabajadoras y hospitalarias; o personas agresivas, incultas o de poca memoria histórica, habría que decir algo sobre las carencias que lo provocan.

Diría, entonces, que no hay mejor forma de hablar de un salvadoreño que hablando de sus problemas. La historia de sus problemas es la historia de lo que es y desea ser. Es la historia de sus configuraciones morales, como la de sus intelectuales y poetas. También es la historia de sus criminales. Es la historia de lo que su gente puede y no debe hacer.

No hay cosa singular al margen de lo universal. El salvadoreño es un proceso que fluye como una llama en el universo de sus problemas. Lo que lo define no son sus prácticas colectivas, sino sus necesidades reales. No es la devoción por la selección nacional de fútbol ni la preferencia por sus pupusas lo que constituye su identidad. Ser salvadoreño es una necesidad; la necesidad que está atrás de su cultura.

EL PROBLEMA DE LA ESENCIA Y LA APARIENCIA IDENTITARIA

Fuera *de mí*, el perdón no existe -exclamaría el salvadoreño-; mientras empuña la rabia contra sí mismo. Y allí, dentro de él, reposaría la riqueza de todo, aunque siga siendo poco; porque en su exterior, en lo ajeno a sí mismo, sólo la gracia de su perdón reanima lo que es bueno, correcto, útil y justo. El salvadoreño sabrá perdonarlo todo, pero nunca la traición que viene desde su interior. Ha sido traicionado tantas veces desde afuera, que lo menos que tolerará es su propia mentira.

La gracia de su perdón se mueve sobre manifestaciones específicas, al grado de exaltar la cultura de la compasión y anular la fuerza de lo legal. Exime de responsabilidad, por ejemplo, al motorista de carga pesada que, al ser ajeno, estando afuera, siendo otro, *resultó tan hermano, tan idéntico, tan igual a él*, razón por la cual vuelve compasivo sobre sí mismo, pese a que provocó conmoción social y sufrimiento personal al generar un accidente vehicular de múltiples e inmediatas consecuencias.

Sin embargo, el mecanismo de este perdón no funciona igual en todos los casos. No hay perdón para el que, aunque pareciese tan idéntico, en el fondo resulta tan diferente. Aquí surge el problema de la esencia y la apariencia identitaria. El perdón es para *lo mismo*, para la esencia, aunque su portador sea ajeno o externo; mientras el castigo es para *lo otro*, para la apariencia, aunque su portador le resulte propio o interno. Es una cuestión de identidad, de conocimiento, de saber quién es quién. El salvadoreño vive buscando un hermano, se afana por encontrar y poseer algo o a alguien en quién confiar.

El salvadoreño aprendió a resistir el robo, la burla, la expropiación, el aniquilamiento moral y hasta la muerte que viene del otro, de aquel que es *esencialmente* diferente, porque al ser fabricado con pensamiento colonial, a la hora ladina de la persecución y con la imposición extranjera, adquirió disciplina e impuso reglas que no rigen hacía afuera. Sin embargo, jamás resistirá, ni olvidará, ni perdonará el robo, la burla, la expropiación, el aniquilamiento moral, ni la muerte que viene de su semejante, de aquel que concibe como otro de sus iguales.

El salvadoreño es incapaz de olvidar y perdonar a aquel que tomó e instrumentalizó el anhelo colectivo del cambio social para perseguir y realizar su cambio individual, en tanto que se transita de lo propio a lo otro, cual auténtica manifestación de apariencia identitaria. No es

extraño, entonces, que la mayor decepción del *yo político* durante el Siglo XXI, en El Salvador, vino desde la izquierda (el “ser iguales”) y no desde la derecha (el “ser ajenos”).

Esa decepción, más que sugerir la anulación del voto, inspiró la anulación de la confianza colectiva. Se desmembró, así, una esencialidad salvadoreña: la necesidad de confiar en algo o en alguien. De acuerdo o en desacuerdo, el punto es que a la base de esto se encuentran las consecuencias de un asunto de identidad, un aspecto relacionado con el problema de la esencia y la apariencia identitaria.

La necesidad de confiar está íntimamente arraigada al sistema jurídico, político, económico, ideológico y, desde luego, cultural. Por ejemplo, ante la ruptura de la confianza colectiva, la fuerza de lo social generó un juicio moral que rompió las reglas del bipartidismo político, sobre la base de la incapacidad salvadoreña de perdonar a los suyos que resultaron ser diferentes. El declive de las estructuras políticas tradicionales, entonces, estuvo precedido por el declive moral de la identidad política clásica.

Esa misma ruptura también aparejó consecuencias en otros ámbitos, como el jurídico y el moral. El salvadoreño entiende que *en la vida siempre va tarde* y que puede perdonarlo todo. Sin embargo, nunca ha faltado el tiempo para que, desde el grito de la actualidad, pueda volver su mirada al silencio del pasado; reprochando y castigando al que, siendo uno como él, le mintió con sus propias palabras, costumbres y ambiciones.

Cambia, así, el discurso de la legalidad, y aparecen como ilegales una serie de prácticas de Estado que se “entendían” normales o regulares, como la entrega de sobresueldos y subsidios. De esta forma, aparece un nuevo discurso de legalidad, uno que se afirma más fuerte, más sólido, más vigente, aunque sus bases no sean estrictamente jurídicas. No importó el tiempo, ni que en la vida ya fuese tarde. Lo que importó fue negar el perdón de la apariencia y castigar al yo-desigual.

Hechos que, según el discurso jurídico estaban prescritos y que conforme al devenir de la historia se consideraban olvidados, volvieron al escenario público para ser castigados, al darse como impunes, imprescriptibles y, sobre todo, responsables de la pérdida de la confianza colectiva. En definitiva, el salvadoreño es alguien que niega el disfraz colectivo de los suyos. Aborrece cargar con la desconfianza social.

EL PROBLEMA LÓGICO DE LA IDENTIDAD

El salvadoreño, ¿a quién reprocha con vehemencia? ¿Al rico o al pobre? El simple hecho de hacer esta distinción, de alzar un muro entre ellos, de por sí ya expresa un reproche contra sí mismo, un juicio que lo sitúa en el lado de los esforzados y de los que luchan palma a palma; de las que estudian, trabajan y crían; de los que necesitan renunciar a sí mismos para seguir siendo ellos.

Aunque sabe que es pobre, realmente eso no lo inquieta. Desde mucho antes de nacer aprendió a ser pobre; lo aprendió, por ejemplo, con la herencia de sus abuelos y padres. Y lo confirma con la elección de su pareja (la pobreza, en su concepción cultural -y no propiamente económica- constituye una cuestión histórica: la pobreza se transmite). Más bien, el verdadero problema, según su construcción cultural, es que siendo pobre asume que es diferente a lo que realmente desea ser, y que por inercia social lo seguirá siendo.

El problema no es ser pobre, el problema es no ser otro. Aquí surge un problema lógico, relacionado con la idea de ser otro, sin dejar de ser el mismo. Esto recuerda el viejo problema del cambio, al que filósofos antiguos se refirieron: ¿Por qué las cosas cambian? ¿Cómo es que las cosas cambian y, al mismo tiempo, siguen siendo las mismas? Un niño, por ejemplo, deja de ser niño al convertirse en adulto, pero sigue siendo el mismo.

De forma similar, el *problema lógico de la identidad* se presenta aquí. Cómo ser otro, sin volverse ajeno a sí mismo. Así va el salvadoreño, siendo quien asume no-ser, enfrentándose consigo mismo, aunque en el fondo quiere permanecer. Por ejemplo, se esfuerza laboralmente para un día dejar de hacerlo. Sufre, según piensa, para pronto ya no sufrir más (el salvadoreño envuelve a un padre que se auto sacrifica). El esfuerzo envuelve un no esfuerzo. En la lucha reposa el descanso y en la renuncia se salva a sí mismo. Y entonces, el esforzarse es fantasía.

El problema lógico de la identidad revela un camino cuyo destino lo niega. Se dice ser muy trabajador, para pronto dejar de serlo. Es circunstancial, provisional, hipotéticamente real; usufructuario de un presente que no es más que aparente. El salvadoreño fluye como una llama entre el momento de las sombras. Su libertad reviste esa forma. Pero ¿dónde está? En

tanto que proceso, en tanto que instante, debería estar en cualquier parte, pero nunca en el mismo lugar.

Sin embargo, al ver su lugar común, el salvadoreño se describe como ferviente trabajador, amante de la patria, celoso de la familia y profundo devoto de Dios. Es amante del conservadurismo. Le gusta estar allí, a pausas inmutables, conservando su seguridad, su tradición y su propia imagen. Busca, entre todo, una garantía de su lugar en la tierra. Por eso el trabajo, la patria, la familia y Dios, son sus mejores estandartes.

Es alguien que, sin dejar de ser él mismo, anhela y persigue el cambio. Juega entre *lo otro* y *lo propio*. Sueña con la liquidez del cambio mientras ama las estructuras de la tradición. En otras palabras, *sueña con la libertad, pero ama la seguridad*. ¿Cómo, pues, concilia esta cuestión? ¿Cómo puede ambicionar ser otro sin dejar su propio lugar? ¿Cómo puede ser otro siendo él mismo? Al final, vive aferrado a un presente que no termina de aceptar. Vuelve, una y otra vez, por el mismo camino de la escapatoria. Huye para ser *otro* y llega siendo el *mismo*.

Históricamente ha perdido las piernas de la libertad, a cambio de sentir el brazo fuerte de la seguridad. Durante el proceso de expropiación colonial, por ejemplo, le arrancaron la libertad de poseer, repartieron sus tierras y le impusieron nuevos modelos de asentamiento; y mientras esto sucedía, aprendía a hacerse un lugar “en las tierras de otro”, a convivir con otros, a hablar como otros y a ser como otros, sin dejar de ser él mismo. Aprendió a sentirse seguro en su lugar de siempre. Todo cambió, menos él.

Se impresiona al ver y sentir la seguridad. Por ello, los modernos mecanismos expropiación jurídica, que roban las libertades, que imponen el orden a través de la fuerza, serán mejor tolerados que los fenómenos que alteran la seguridad social y su seguridad personal. Esto explica la concepción moral que nutre el tratamiento jurídico de la violencia social durante los últimos años (que en realidad es un problema político).

Entre el dilema del cambio y la permanencia es esconde el problema lógico de la identidad, en cuya medula yace la necesidad colectiva de sentir seguridad, de sentir un espacio entre la tierra de otros, aunque siga siendo el lugar de siempre, la tierra de los mismos. En otro sentido, se trata de cambiar para seguir en el mismo espacio de identidad.

Ese mismo dilema relata la contradicción identitaria de encontrar seguridad entre *los otros*, en tierras ajenas y extrañas. En el extranjero se aprende a convivir con otros, a hablar como otros y a ser como otros. El dilema indica que el salvadoreño aprende, en este caso, a sentirse libre en un lugar ajeno. Donde nada cambia, excepto él. No obstante, aún en la lejanía, sigue buscando un lugar para sí, aunque se dé de modo provisional e hipotéticamente real.

EL PROBLEMA DE LA SITUACIÓN IDÉNTICA

El salvadoreño es una situación. Para conocer al otro es necesario situarse, y situarse es estar uno con relación a los demás. El preguntarse por los otros, es preguntarse por uno mismo. Nada ni nadie se sitúa sin relación a algo; salvo el salvadoreño, que se sitúa desde adentro, desde el interior, en su orgullo, en su sustancia; se sitúa para ver hacía afuera, aunque juzga para adentro. Es situación, sin estar situado.

En su situación, primero mira la justicia del otro y luego ejecuta la sentencia contra sí mismo. Antes de pedir clemencia al primero, ya ha enjuiciado la humanidad del segundo. En los libros de su pasado se cuentan historias acerca de cómo olvidó la manipulación de los otros y de cómo se castigó a sí mismo; porque al asomarse a la ventana de su rostro, ve dentro de sí el reflejo de un mundo que debería ser diferente.

Asomándose ve florecer múltiples paisajes, coloridos espacios que destellan atardeceres de sueños, horizontes blancos que hacen suspirar con la tinta del pasado; y allí, de cara a lo que observa, emprende, incursiona, se sumerge a lo más profundo, para cambiar desde adentro lo que hay afuera. Seguidamente, deviene cual crepúsculo que anida el sentimiento de un nuevo amanecer.

Al ser situación, el salvadoreño se mide consigo mismo. Observa sus manos y sabe que siempre ha sido así. ¿Desde qué momento es salvadoreño? Desde siempre. Al no estar situado, no puede compararse. No hay escala. No hay jerarquía. Lo que existe para él es la fluidez horizontal de la realidad. Por ello, venera a la igualdad.

Sus valores están ordenados de tal forma que el orden de preferencia no es el máximo común. La igualdad es redonda, cíclica, abierta, se repite uno a uno, entre cada individuo y dentro de

uno mismo. El salvadoreño se busca a sí mismo entre los demás. Vive preocupado por los otros que son él mismo. Pero su igualdad, antes de ser ideológica, es empírica.

Sin embargo, su historia no es igualitaria. Es más, lo económico ha tenido compasión de lo social; y en tanto que compasión, ha impuesto la jerarquía sobre lo igual. Al ser situación, el salvadoreño no puede verse en ninguna dirección. Ni hacia el pasado ni hacia el porvenir. Vive aquí y ahora, sin ser posmoderno. La historia, el marco de referencia por excelencia, le resulta prematuro.

Al no estar situado, borra al otro, lo desdibuja y piensa que es igual a él. Entonces confía, afirma, se deposita en él y, ahora sí, cree ser situación identifica. El salvadoreño ha salido de sí para ser como el otro, creyendo, ilusoriamente, que todos son igual a él. Y cuando intenta regresar a sí mismo, se da cuenta que no puede, porque el otro sí cree en las jerarquías y en la dominación.

La historia, pues, vuelve a repetirse. Vuelve tristemente a ser igual.

CONCLUSIONES

Ser salvadoreño es cargar con la necesidad social de encontrar a alguien en quien confirmar, de hacerse de un espacio en común y de verse igual entre los demás. Ese es el punto sociológico.